

Gabriela Purvis

¿Literatura juvenil o lecturas adolescentes?

REFLEXIONES EN TORNO DEL CONCEPTO DE LITERATURA JUVENIL

“Joven: palabra frágil que nombra a quien ya no es niño y no es adulto y que quizá no quisiera ser otra cosa que la que está siendo.”

Carlos Skliar, 2011

Cuando se habla de la Literatura Infantil y Juvenil (LIJ), cuando se tratan o se debaten cuestiones referidas a ella, siempre tengo la sensación de que la última patita de la sigla –la “j” de juvenil– se nos cae, se nos escapa un poco del campo a mirar. Y es que lo juvenil se nos escapa, también, un poco. Cuando se habla de literatura infantil, especialistas, críticos, estudiosos del campo saben desde hace tiempo que es imposible deslindar cualquier análisis de la literatura para niños de un conocimiento de la infancia, de la cultura de la infancia, de ciertas concepciones y discursos acerca de la infancia implícitos en los libros infantiles y/o mediante los cuales analizamos las obras destinadas a ella. Porque cuando tratamos con literatura infantil, ya sabemos (o creemos saber) qué es la infancia, tenemos un cierto saber construido sobre ella. El filósofo de la educación Jorge Larrosa, cuya lectura recomiendo, sostiene que la infancia es lo enigmático, lo incierto, lo extraño, lo desconocido, pero que a la vez se trata de aquello que los adultos creemos conocer, aquello que hemos capturado en saberes, en teorías, en pedagogías (Larrosa: 2000). No obstante, afirma, la infancia es siempre lo otro, lo que nos interpela con su aparición.[1] Es decir, contamos con un corpus de teorías, disciplinas, enfoques que estudian la infancia y a los que los especialistas, con muy buen criterio, recurrimos para acercarnos a esta literatura destinada a los chicos[2], para que nos ayuden a pensarla. No

menos importante es el hecho de que todo acercamiento a la literatura infantil ya sea si nos ocupamos de ella como objeto de estudio o bien si la abordamos como mediadores, educadores- exige un posicionamiento acerca de la infancia. Es totalmente cierto que aquello que pensamos de los niños y las niñas influye de manera decisiva en lo que hacemos con ellos. Pero no sucede lo mismo con la adolescencia.